

Caleidoscopio de palabras Las reuniones de controversia entre anarquistas y socialistas a finales del siglo XIX y principios del siglo XX¹

Martín Albornoz²

“Controversia: batalla en la que la saliva o la tinta reemplazan a la injuriosa bala de cañón y a la desconsiderada bayoneta”

Ambrose Bierce, *El diccionario del diablo*

Con la aparición, relativamente temprana, durante el último cuarto del siglo XIX en Argentina de los primeros núcleos socialistas y anarquistas –efímeros en su mayoría– se hicieron también evidentes las divisiones existentes entre ambos grupos. Arrastradas desde la fractura de la I Internacional, las diferencias que articularon las disputas entre “socialistas autoritarios” y “socialistas antiautoritarios”, que enfrentaban, a grandes rasgos, a los seguidores de Marx y a los seguidores de Bakunin, se galvanizaron principalmente en torno al rol que debía jugar el aparato estatal –y con él la acción política– en la emancipación de los trabajadores. Con distinta intensidad –hasta bien entrado el siglo XX– anarquistas y socialistas, además de desarrollar y complejizar sus propias actividades, dedicaron mucha energía y atención, a la disputa y la discusión entre sí. Dicha división, que paradójicamente los mantuvo unidos, es fundamental tanto para comprender sus mutuos devenires como para recomponer el universo de las izquierdas argentinas en sus orígenes.

El modo en que anarquistas y socialistas definieron sus contornos singulares estuvo íntimamente ligado a la manera en que se percibieron y combatieron mutuamente y si bien es cierto que en un primer momento el enfrentamiento fue un “reflejo” de la división originaria, también es cierto que en el entre-siglos resultó, él mismo, de la mayor complejidad de la sociedad argentina y su correlato en la puesta en evidencia de la cuestión social y las diferentes respuestas que tanto anarquistas y socialistas proponían para ella³. Sin embargo, el abismo entre ambas tendencias que presenta la mayor parte de la historiografía sobre las izquierdas y el movimiento obrero merece ser matizado. En el caso argentino, a diferencia de lo que sucedió en ciertos países como México, Brasil y Perú, la preeminencia del anarquismo no bloqueó, hasta aproximadamente la década de 1920, el desarrollo del socialismo de raíz marxista. Haciendo nuestra la intuición de José Aricó partimos de la base de que en países en los cuales el desarrollo prematuro de la institucionalidad burguesa había provocado una cierta liberalización del sistema político, el “anarquismo y

¹ Ponencia presentada en las Segundas Jornadas de Historia Social, en La Falda, en mayo de 2009. El autor agradece la lectura del trabajo realizada por Luciana Anapio y por sus compañeros de la Maestría de Historia del Instituto de Altos Estudios de la Universidad de San Martín.

² Docente de la materia Problemas de la Literatura Latinoamericana en la Carrera de Letras de la Universidad de Buenos Aires. Becario de doctorado del CONICET y del Instituto de Altos Estudios de la Universidad Nacional de San Martín.

³ José Ingenieros apunta que “Las divisiones intestinas se aumentaron al poco tiempo, reflejando las que en Europa se acentuaban entre marxistas y bakouninistas, hasta que en 1876 se fundó el ‘centro de propaganda obrera’ bakouninista, con el objeto casi exclusivo de combatir a las marxistas”. José Ingenieros. “La internacional en Sudamérica (datos que servirán para la historia del socialismo)”, en Horacio Tarcus: *Marx en la Argentina. Sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos*. Buenos Aires, Editorial Siglo XXI, 2007. El libro de Tarcus permite recomponer las primeras discusiones que tuvieron lugar entre ambos grupos haciendo énfasis en la recepción en la Argentina del marxismo. Desde la perspectiva del anarquismo y sus relaciones con los socialistas, véase, entre otros, Iacov Oved. *El anarquismo y el movimiento obrero en Argentina*. México, Editorial Siglo XXI, 1978; y Gonzalo Zaragoza. *Anarquismo argentino (1876-1902)*. Madrid, Ediciones de la Torre, 1996.

socialismo coexistieron durante largo tiempo realimentándose mutuamente”⁴. Justamente este estudio tratará de esa realimentación mutua y de los modos en los cuales se construyó.

Para la última década del siglo XIX dentro del panorama político, social y cultural argentino las *izquierdas* vertebraban un universo propio, relativamente bien diferenciado, que se sostenía positivamente por un conjunto de prácticas políticas y culturales comunes, más allá de las diferentes significaciones que pudieran tener: la celebración del Primero de Mayo, la importancia concedida a la prensa y la publicación de libros y folletos como artefactos difusores de ideas, el intento por forjar espacios de pertenencia propios para los trabajadores, la creación de un conjunto de símbolos autónomos, la preocupación por la educación racional, la apelación conjunta a ciertos autores y figuras extranjeras, una fuerte voluntad de organización gremial y un contenido anticapitalista en la manera en la que eran expuestas las problemáticas vinculadas con la cuestión social. Sin embargo, como sostiene Ricardo Falcón, el término izquierdas subraya, “a pesar de los elementos comunes, la presencia de movimientos autónomos que presentan entre ellos importantes aspectos diferenciadores”⁵. Someramente expuestos, estos aspectos diferenciadores se manifestaron a nivel doctrinario en torno al problema del Estado, la acción parlamentaria, la aceptación de legislación laboral, el rol de la huelga general, la lucha económica (y la organización gremial), la violencia y la revolución. ¿Cómo se expresaron estas disputas? ¿En qué medida el enfrentamiento favoreció la articulación de un espacio común para ambas corrientes? Dentro las diferentes maneras en la que puede ser abordada la tarea de responder a estos interrogantes, en el presente trabajo van a ser consideradas específicamente *las reuniones de controversia* en las que participaron activamente tanto destacados miembros del Partido Socialista Argentino, como integrantes de la corriente pro-organizadora del anarquismo a cuya voz dio audibilidad el diario *La Protesta Humana*. El arco temporal que abarcará el trabajo cubre un periodo relativamente breve, pero no por ello menos intenso, que va desde la aparición de *La Protesta Humana* en 1897 hasta la sanción de la Ley de Residencia en 1902, la cual implicará una interrupción por lo menos temporal de las actividades de ambos grupos y sus modos de interacción.

La importancia de las controversias residió en el modo en que superpusieron la necesidad de amplificar el alcance de la propaganda política y en la necesidad de dirimir y hacer evidentes las diferencias entre ambas corrientes, mediante encuentros *cara a cara*; las mismas funcionan desde la actualidad como un interesante prisma en el cual es posible analizar con mayor dinamismo un amplio abanico de prácticas constitutivas de la sociabilidad de izquierda: la prensa, la capacidad oratoria, la discusión, la observación de conductas más o menos ritualizadas (adecuadas o no) según los casos, las distintas maneras de entender el lenguaje y el enfrentamiento abierto. Los relatos de los encuentros aparecían asiduamente en la prensa; los mismos narraban no sólo los temas que se discutían, que son prácticamente los mismos que los que motivaban la publicación de artículos de opinión y discusión y que se repiten con marcada monotonía a lo largo de las controversias, sino que intercalaban observaciones puntuales sobre los encuentros, sus modos de funcionamiento, los gestos de los conferencistas y los comportamientos del público asistente. El propósito de este trabajo es justamente tratar de recomponer su significación y características atendiendo a la importancia que tuvo el disenso en la composición de espacios de significación comunes tanto para anarquistas como para socialistas. A otro nivel el trabajo intentará explorar por fuera de las características formales qué es lo que podría propiciar un intento de diálogo que en cierta medida ya estaba frustrado de antemano.

⁴ José Aricó. “Para un análisis del socialismo y del anarquismo latinoamericanos”, en *La hipótesis de Justo. Escritos sobre el socialismo en América Latina*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1999, página 39.

⁵ Ricardo Falcón. “Izquierdas, régimen político, cuestión étnica y cuestión social en Argentina (1890-1902)”, en *Anuario Rosario* n° 12, 1986-1987.

Antes de abordar el análisis específico de las reuniones de controversia es importante explicitar que en el presente trabajo el concepto de lucha parte de la presuposición de que más allá de los elementos comunes, el enfrentamiento, la discusión e incluso, en ocasiones, la diatriba y la injuria, lejos de disolver el vínculo que podría mantener unidos a anarquistas y socialistas, al menos en el período estudiado, son condición necesaria para su desarrollo y mantenimiento. Desde este punto de vista, se hace más comprensible la necesidad inherente, por su complejidad doctrinaria y militante, de los anarquistas de buscar constantemente el choque con el socialismo. Como se verá en no pocas ocasiones, por fuera de los encuentros concertados de común acuerdo para controvertir, los anarquistas irrumpieron en actos y conferencias socialistas con el fin de propiciar y forzar el intercambio doctrinario; de más está decir que estos intentos terminaban en importantes bataholas. Por su parte, para los socialistas el espacio de las controversias fue una práctica de dudosa eficacia no sólo porque terminaran en choques entre simpatizantes de las dos corrientes, sino porque, a diferencia de los anarquistas, no suponían que el conflicto en sí mismo constituyera un elemento dinamizador de su propia acción política, la cual hacía énfasis en la necesidad de llegar al parlamento para obtener reformas y mejoras para la resolución de la cuestión social. Sin embargo un artículo publicado el 10 de junio de 1899 en *La vanguardia* explicita lo necesario que es para el desarrollo del socialismo parlamentario la existencia de anarquistas. Según el anónimo autor, la importancia que tiene la existencia del movimiento anarquista es homologable a la de una burguesía progresista en la generación de condiciones para el fortalecimiento de la acción socialista. Lógicamente, y de modo irónico, se sostiene que “no habría necesidad de ese elemento si la mayoría de los trabajadores se hallaran en un grado de cultura que les permitiera saber distinguir un charlatán de un orador, un sincero de un hipócrita (...) Mientras falte esa capacidad deberemos convencernos que se necesitan anarquistas”⁶. Buscado para el debate y la polémica, los anarquistas con su presencia y su constante prédica antiparlamentaria permitirían, mientras las condiciones no sean propicias, mantener a raya a eventuales advenedizos y falsos representantes de la clase obrera, a la vez que redefinir y ajustar la prédica socialista. Entrelazados de este modo anarquistas y socialistas no basan primordialmente sus confluencias en acuerdos sino más bien en todo lo contrario mostrando el carácter necesario de la lucha como elemento dinamizador.

Para estudiar la lucha como formativa de vínculos sociales son sumamente interesantes los aportes de Georg Simmel, quien justamente señala que tanto la lucha como la confrontación, lejos de redundar en ruptura y separación, implican de hecho un nexo y una vinculación indispensables para forjar determinados espacios de sociabilidad. Las intuiciones simmelianas son sumamente sugerentes para pensar cómo se constituyó un universo de izquierda, alimentado también por diferentes orientaciones y proyectos, en la medida en que “la lucha es ya una distensión de las fuerzas adversarias; el hecho de que termine en la paz, no es sino una expresión que demuestra que la lucha es una síntesis de elementos, una contraposición, que juntamente con la composición, está contenida bajo un concepto superior. Este concepto se caracteriza por la común contrariedad de ambas formas de relación; tanto la contraposición como la composición, niegan en efecto, la relación de indiferencia”⁷. La lucha, sobre el terreno común aceptado de la controversia u otras formas de enfrentamiento, opera productivamente y es causante de la existencia o la modificación de las unificaciones y organizaciones políticas y sociales. Simmel no negaba la existencia de indiferencias o desencuentros, pero enfatizaba que justamente la lucha disuelve el dualismo en una nueva síntesis, el espacio político y cultural de las izquierdas, lo que no sucede en aquellos casos en los cuales el enfrentamiento implica la destrucción del otro. Para el caso del anarquismo, queda claro que en relación a la religión, al Estado y a la burguesía la socialización es imposible y es por

⁶ Sin autor. “Se necesitan anarquistas”, en diario *La vanguardia* del 10 de junio de 1899.

⁷ Georg Simmel. “La lucha”, en *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización*. Madrid, Editorial Alianza, 1986, página 245.

eso que la construcción de estereotipos sobre el enemigo es mucho más rígida que en relación al socialismo. De este modo, los anarquistas representan a sus enemigos de una forma pura e inmediata no existiendo intersección posible, ni un espacio que sea cohabitante con ellos. Como sugiere Lily Litvak, “los libertarios pretendían revelar un tipo inmediato, para que fuese comprendido a primera vista, y para ello, tenían que manifestarlos en su aspecto más exterior, en sus más mínimas acciones y palabras (...) Se nos quiere recordar que el enemigo del pueblo es como un animal feroz”⁸.

Así, y de un modo agresivamente maniqueo, los burgueses son tigres, hienas y vampiros; los curas son buitres, chupasangres, mentirosos e infames y los militares son sanguinarios y asesinos. Contrariamente, los socialistas son representados de formas mucho más atenuadas, a lo sumo son “adormideras” –plantas de efectos narcóticos–, “obstruccionistas” o “latosos” de la acción genuina y revolucionaria de las masas, pero forman parte con ellos del proletariado consciente. Por lo tanto, en este punto es importante tener en cuenta entonces que el conflicto –“del cual (según Simmel) brota toda la vida”– sirve para comprender el devenir de la izquierda argentina y sus diferentes proyectos ya que “estas divisiones intestinas no son meras energías pasivas sociológicas; no son instancias negativas; no puede decirse que la sociedad real, definitiva, se produzca sólo por obra de las fuerzas sociales positivas y dependa negativamente de que aquellas fuerzas disociadoras lo permitan”⁹.

Fue, no obstante una preocupación habitual el modo en que los anarquistas abordaron la polémica con los socialistas, justamente por su carácter deletéreo. Desde las páginas de *La Vanguardia* se planteaban numerosas observaciones críticas a los modos de los anarquistas y señalaban que mientras no cuidaran su lenguaje sería imposible seguir confrontando, ya sea en la prensa como en las controversias; en otras palabras, “mientras nuestros adversarios nos hablen sirviéndose del lenguaje de los cafetines y de los garitos, inútilmente esperarán una contestación por nuestra parte”¹⁰. Estas críticas al despliegue agresivo en el lenguaje libertario se dieron incluso al interior del propio anarquismo. Una figura destacada como Emilio Arana desde las páginas de *Nueva Humanidad* de Rosario dedicó un artículo a establecer algunos criterios generales que sirvieran, sino para homogeneizar la propaganda ácrata, al menos para acordar un punto de partida común que el autor creía conveniente, el cual incluía específicamente la forma de afrontar la polémica con el socialismo. Pese a los pruritos que podía desatar entre los anarquistas el intento de establecer algunas pautas normalizadoras, Arana, a título personal, según su opinión y sus impresiones, sostiene que la propaganda debía tener ciertas características y la define como el “modo de convencer a nuestros semejantes de la bondad de una idea, que nosotros creemos buena, a fin de que ellos, una vez convencidos, nos ayuden a difundirla en el seno de la humanidad, para poder llevarla a la práctica cuanto antes”. La primera condición, sería entonces que la idea sea presentada en toda su belleza y esplendor, “que se hagan resaltar con pocas palabras sus principales ventajas, para atraer la atención del que escucha”. El militante tiene, según la mirada de Arana, que ser simpático y agradable, predisponer a favor y no en contra, no ser pesado a quien le escucha, no debe desmentir la bondad del ideal que propaga, ya que su principal tarea es atraer, y “que su conducta como hombre no desmienta el ideal que predica, porque de no ser así, haría el efecto de un borracho que en estado de embriaguez hablara contra la bebida y de los alcoholes”. El anarquista debe poseer cierta versatilidad discursiva que le permita reconocer diferentes situaciones de opresión: le habla a la víctima de un atropello, a una víctima del amor, a las madres que pierden a sus hijos en la guerra, en la fábrica o en la mina; le habla a los que sufren las injusticias de la justicia, del casero, del patrón o de la empresa, a todos los que sufren y a todos los que lloran. Con un fuerte

⁸ Para ver el modo en que los anarquistas construyen estereotipos rígidos de sus enemigos véase, de Lily Litvak, “El enemigo del pueblo”, en *Musa Libertaria. Arte, literatura y vida cultural del anarquismo español (1880-1913)*. Madrid, Fundación Anselmo Lorenzo, 2001, páginas 69 a 99.

⁹ Georg Simmel. *Op. cit.*, página 249.

¹⁰ “Señores anarquistas”, en diario *La Vanguardia*, 1902.

sentido de la ubicación y atendiendo principalmente a los modos adecuados indica que, “no es con gritos desentonados, en sitio impropio como se debe propagar, no es haciéndose el pesado y el antipático; no es haciendo alarde de cinismo y desvergüenza; no es emborrachándose y vaciando palabras sucias y amenazas estúpidas y cobardes; no es disputando o insultando a quien rechaza nuestras teorías, sino atrayendo con sencillez y cordura, respetando al contrario y combatiendo su idea sin ofenderla”¹¹. Las inflexiones agresivas en el empleo del lenguaje de propaganda y discusión fueron problematizadas también, una década más tarde, por el anarquista italiano Luigi Fabbri en su folleto *Influencias burguesas en el anarquismo*. Todo el escrito es un intenso análisis crítico de las posiciones anarquistas en torno a la violencia y en el modo en que principalmente los literatos de origen burgués construyeron una imagen deformada de los anarquistas que habría influido negativamente incluso en los propios libertarios. En el apartado final Fabbri reconoce con tono apesadumbrado que uno de los principales problemas para la audibilidad de la propaganda anarquista fue justamente su lenguaje tan violento, una de cuyas consecuencias ha sido que en lugar de haber atraído, ha rechazado la simpatía y el interés de quien lo ha escuchado. La diferenciación en este caso es clara, ya que “en la polémica y la propaganda que es cuando se trata de convencer y no de vencer, emplea un lenguaje más violento aquel que anda más pobre de argumentos”. Confundidos los anarquistas han hecho uso de la propaganda violenta no tanto para convencer sino para despechar a sus adversarios o para realizar un *bello gesto*. Sin embargo la naturaleza discursiva de este último no sería tal en la medida en que el bello gesto no tendría como objetivo ilustrar mediante palabras sino mediante el acto en sí de su realización¹². Nuevamente y en la línea de Arana, el propósito de la polémica doctrinaria y de la propaganda es presentada en términos de convencimiento y persuasión del contrario, constatando que “no se convence ni persuade con violencias de lenguaje, con insulto e invectivas, sino con la cortesía y la educación de los modales”. A contrapelo de ciertas actitudes recurrentes en los propagandistas anarquistas en relación a los contendientes de otras corrientes socialistas, sin olvidar las diferencias, Fabbri opina que “la violencia de lenguaje en la polémica que más deploro es la que se emplea contra otros partidos progresivos, más o menos revolucionarios, poco importa, que están compuestos de oprimidos y explotados como nosotros, de gentes animadas como nosotros por el deseo de cambiar para mejor la situación política y social presente. Aquellos partidos que aspiran al poder, cuando a él lleguen indudablemente serán enemigos de los anarquistas pero como esto está aún lejos de suceder, como que su intención puede ser buena y muchos males de los que quieren eliminar también quisiéramos nosotros verlos suprimidos, y como que tenemos muchos enemigos comunes y en común tengamos que librar tal vez más de una batalla, es inútil, cuando no perjudicial, tratarles violentamente, dado que por ahora lo que nos divide es una diferencia de opinión, y tratar violentamente a alguno porque no piense u obra como nosotros es una prepotencia, es un acto antisocial”.

II

Como se dijo antes, además de las controversias, y superpuestas con ellas, una de las formas de forzar la discusión que tenían los libertarios era irrumpir en las conferencias y actos socialistas. El anarquista de origen catalán y de destacada actuación en Argentina, Eduardo Gilimón, recuerda

¹¹ “Sobre propaganda”, en *La Nueva Humanidad*, 1º de mayo de 1899. Agradezco mucho la gentileza de Agustina Prieto que me sugirió y me hizo accesible la fuente. Para un análisis mucho más exhaustivo de *La Nueva Humanidad* de Rosario y de la labor editorial y publicista de Arana, véase, de Agustina Prieto, “Emprendimientos editoriales libertarios: la obra de Emilio z. de Arana. Rosario, 1896-1901”, presentada a las IV Jornadas de Historia de las Izquierdas: “Prensa política, revistas culturales y emprendimientos editoriales de las izquierdas latinoamericanas”, CEDINCI, Buenos Aires, noviembre de 2007.

¹² “También el *bello gesto* puede ser bueno y útil, pero cuando se hace con valentía y dignidad, cuando la insolencia se lanza en pleno rostro al enemigo y se aceptan todas las responsabilidades. Entonces la palabra se convierte en acto, se convierte en propaganda por el hecho”.

en sus memorias que hacia fines del siglo XIX, en ocasión de una conmemoración de la Comuna de París organizada por los socialistas, un número importante de anarquistas se hizo presente con la aparente intención de obligar al debate. Con el afán acentuar la interrupción y hacerla evidente “una voz clara y fuerte empezó a entonar la primera estrofa del Hijo del Pueblo, himno anarquista de vibrantes notas y de versos violentos, demoledores. Todo un himno de batalla. Contagiados los demás, acompañaron al iniciador y un coro de doscientos hombres enardecidos, hizo retumbar la casa atrayendo a los transeúntes y vecinos no acostumbrados ciertamente a serenatas de aquella especie”. Descentrado de este modo el monopolio de la palabra socialista, Gilimón llama la atención sobre el aspecto “pintoresco” que asumió la conferencia: “La concurrencia se había dividido en pequeños grupos y en cada grupo discutían a la vez acaloradamente, sin entenderse ni casi oírse, uno o dos socialistas con cuatro o cinco anarquistas (...). Se oían insultos, imprecaciones, amenazas. Se discutía en castellano, en italiano, en francés. Aquello era una Babel”. Todo el relato contiene inflexiones reivindicativas del accionar ácrata, dejando traslucir el modo en que aprovechaban la más mínima ocasión para dejar entrever que ya que con su sola presencia ponían en discusión el derecho mismo de propiedad privada, en la medida que los socialistas argüían para no dejarlos hablar el hecho de que ellos pagaban el local, que les pertenecía y que por lo tanto tenían el derecho de decidir quién hablaba. Lo que sigue es sencillamente el relato de una trifulca: “El escándalo fue aumentando cada vez más. En lo más agudo, sonó un tiro y la concurrencia se precipitó hacia la calle, dejando el salón casi vacío. Los bancos habían sido volcados, la mesa tenía una pata rota y el suelo estaba cubierto materialmente de manifiestos pisoteados. Un socialista, el estudiante de medicina, había resultado ligeramente herido en un brazo por la rozadura de una bala. Al día siguiente la prensa se ocupó en la sección policial del incidente y millares de personas, los asiduos lectores de la prensa sensacional, pudieron enterarse de que en Buenos Aires había socialistas y anarquistas, y de que se querían unos a otros como los gatos y los perros”¹³.

En varias oportunidades, incluso en las grandes jornadas de controversia que tuvieron lugar entre agosto y noviembre de 1902, la violencia fue real o potencialmente un peligro que se cernía sobre los encuentros. Este confrontativo accionar anarquista era constantemente cuestionado desde las páginas de *La Vanguardia*. El día 26 de enero de 1900, la señorita María Loyarte se encontraba disertando cuando, “como de costumbre”, comenzaron los gritos e interrupciones de los anarquistas y solamente debido a la tolerancia y al buen sentido de ciertos compañeros, “se ha logrado evitar que se cumpla el deseo estúpido de estos nuevos redentores de la humanidad a fuerza de charlas”. La nota que refiere el incidente muestra que los socialistas perciben una suerte de obsesión anarquista por confrontarlos, sosteniendo que a falta de polizontes que metan “bochinche” a sus reuniones, “los señores *sois disant* anarquistas” cumplen perfectamente la función de convertir una reunión de trabajadores en un desorden. Después de recomendar que en ciertos casos de extrema terquedad libertaria los puntapiés pueden ser una buena herramienta de disuasión, lo que llama la atención del cronista es que habiendo tantas procesiones y “payasadas patrióticas” por toda la ciudad que no son interrumpidas ni molestadas por militantes libertarios, éstos elijan sus reuniones para “hacer desparpajo de su horripilante fraseología demagógica”¹⁴. Esta crónica permite ver dos aspectos que interesan en función de comprender los modos de interacción de anarquistas y socialistas y hace manifiesto que, con mayor o menor claridad, los anarquistas –según la mirada del socialista que informa– no elegían confrontar con sus “enemigos naturales” –en este caso las manifestaciones patrióticas– sino que preferían el choque con aquellos con los que compartían ciertos espacios. Este, por momentos, irrefrenable deseo de los anarquistas de interponer su voz a la de los socialistas, con el evidente resultado de sillas que vuelan, disparos al aire y tumultos, entrañaba el peligro de disolver cualquier lazo posible, incluido el que aquí interesa

¹³ Eduardo G. Gilimón. *Un anarquista en Buenos Aires (1890-1910)*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1971, páginas 26 y 27.

¹⁴ “Esbirros sin montura”, en diario *La Vanguardia* del 2 de febrero de 1900.

particularmente, el de la lucha y el del disenso, haciendo imposible cualquier forma de encuentro e interacción¹⁵.

A mediados de febrero de 1900 tuvo lugar en la Plaza de Mayo un acto socialista a favor de la reglamentación laboral. La crónica de *La Vanguardia* describe el desenvolvimiento sumamente ordenado del programa. Desde el tablado dispuesto para los músicos y acompañados de los portadores de estandartes, los oradores –el Profesor Meyer González y Adrián Patroni– se dirigen a los manifestantes, quienes escuchan en un “completo silencio”, interrumpiendo solamente, y de a ratos, con bravos y aplausos. Terminado el acto, y cuando Patroni ya lo había dado por concluido advirtiendo a los trabajadores “que aquellos que os aconsejan que hagáis uso de la violencia son vuestros peores enemigos”, como si hubiera sido una invocación –y no hay que desestimar que Patroni ya supiera exactamente lo que estaba por suceder– desde la Plaza Lorea un grupo de “individuos” que había intentado intervenir constantemente en el acto, se desató en insultos contra el orador socialista, mientras uno de ellos subía al tablado con el propósito de hablar, cosa que no le fue permitida por el comité organizador. El desenlace fue el habitual en estos casos: “Aquí fue Troya, los alborotadores no se contentaron con manifestaciones de verdaderos energúmenos, sino que empezaron a dar vivas a la anarquía y arrojar cascotes a la tarima, y hubiera terminado la manifestación con algunos contusos si la policía no toma la debida participación”¹⁶. Una vez más, lo extraordinario no es que, a diferencia del Partido Socialista, los anarquistas se opusieran a la regulación de las relaciones laborales a través de la acción estatal, sino el modo en que buscaban manifestar su desacuerdo¹⁷. El peligro de esta clase de intervenciones es percibido lúcidamente por José Ingenieros en un artículo, que es en realidad una respuesta a una serie de escritos cruzados entre Juan Ciminaghi, de *L'Avvenire*, periódico escrito en italiano y muy cercano a *La Protesta Humana*, y los redactores de *La Vanguardia*, a propósito de los sucesos ocurridos en el “meeting” socialista a favor de la regulación estatal de las relaciones laborales. Ingenieros entiende que “los anarquistas, privados de la voluptuosa satisfacción de pronunciar algunas docenas de discursos – como todos hemos visto ocurrir en varias oportunidades– creyeron de su derecho protestar en la forma poco correcta en que lo hicieron”. Luego nos enteramos que el anarquista que había subido al estrado con la intención de hablar es Félix Basterra, uno de los más destacados oradores ácratas y asiduo animador de las jornadas de controversia, quien de haber tomado la palabra hubiera dado “el primero de una serie de discursos de controversia que se habrían prolongado indefinidamente”. Esta

¹⁵ Pero no siempre la presencia anarquista en actos socialistas devenía necesariamente batalla campal. Un artículo titulado elocuentemente “Una lata científica” publicado en *La Protesta Humana* comenta que un grupo de anarquistas se presentó a una conferencia de Juan B. Justo, quien disertaría sobre el socialismo. Para sorpresa de los ansiosos anarquistas la exposición no apuntó a la dilucidación de cuestiones teóricas y doctrinarias vinculadas con el socialismo parlamentario, ni versó sobre temas candentes, sino que trató, sobre todo, “estadísticas de huelgas; salarios; de si el trabajo era o no una mercancía (no según Justo); desarrollo de la maquinaria (tratado débilmente); cooperativas; trusts; crisis económicas decenales (que no probó); concentración del capital (no probada tampoco); y valía de la causa socialista que el estimó magna”. Afectos a la lucha verbal y al conflicto abierto, los anarquistas encontraron decepcionante la alocución de Justo en la medida en que las cuestiones esbozadas, por ser, según ellos, de índole económica, no serían privativas de ninguna corriente política en particular y por lo tanto neutrales. A otro nivel, las pretensiones científicas de la exposición de Justo –según el autor de la crónica mero glosador de Engels aunque infinitamente más desordenado– resultaron tan abrumadoras para el auditorio que “entendió tan poco que muchos salieron, exclamando sin poder hacer comentarios: ¡qué científico el doctor Justo!”. El resultado, imposible de resumir en un opúsculo por el propio desorden conceptual de Juan B. Justo –“tan amigo de los cabos sueltos que se enreda científicamente en ellos”– es un auditorio que aún sin comprender siquiera una palabra, aplaude obnubilado de puro reflejo, incluso aquellos que “echaron en sueñito reparador”. Véase “Una lata científica”, en *La Protesta Humana* del 25 de agosto de 1902.

¹⁶ “El meeting socialista por la reglamentación del trabajo”, en diario *La Vanguardia* del 24 de febrero de 1900.

¹⁷ Juan Suriano. “La oposición anarquista a la intervención estatal en las relaciones laborales”, en *La cuestión social en Argentina. 1870-1943*. Buenos Aires, Editorial La Colmena, 2000, páginas 89 a 111.

propensión a discutir, chocar, a interrumpir y violentar propia de los libertarios, implicaba el peligro de minar el suelo común que sostiene tensionados y unidos a anarquistas y socialistas, ya que si a Basterra se le hubiera dejado dar rienda suelta a su voluptuosa necesidad de controvertir “en una manifestación exclusivamente antiburguesa, (esto) habría servido para poner en ridículo a toda la clase obrera –anarquistas, socialistas y neutros por igual– mostrando en toda su dolorosa plenitud la honda llaga de rencores, envidias y perversidades que roe las diversas fracciones de la conciencia obrera de este país. Pues, repitámoslo por centésima vez, es necesario que todos aprendamos a ser adversarios y a no confundir el carácter de *adversarios* con el de *enemigos*”¹⁸. Las intromisiones libertarias significaban, por la confusión entre los términos *adversario* y *enemigo*, un obstáculo insalvable a la hora de construir una sociabilidad de izquierda compartida. De modo igualmente tensionado, este efecto se intentará paliar mediante las *conferencias de controversia*, encuentros que, sin excluir muchas veces los desenlaces caóticos, intentaron ritualizar el enfrentamiento mediante pautas de comportamiento preestablecidas de antemano, como ser, el establecimiento de lugares adecuados para que el público pueda cómodamente escuchar a los oradores, medición del tiempo de las intervenciones, la articulación de ejes doctrinarios a partir de los cuales ordenar la discusión, la posibilidad o no de permitir la participación de los asistentes, la adecuación del espacio de reunión de manera tal que se respetaran los roles y las diferencias entre expositores.

III

El diputado y militante socialista Enrique Dickmann, animador permanente de las controversias en esta etapa, mediante una inflexión fuertemente literaria rememora, en sus *Recuerdos de un militante socialista*, que la primera controversia entre anarquistas y socialistas duró tres días y tres noches consecutivas. La misma tuvo lugar a mediados de 1896 en el sótano taberna de un almacén de comestibles, en la calle Tucumán, entre Artes (actual Carlos Pellegrini) y Cerrito. Según Dickmann, quien brinda un relato muy pormenorizado de ella, “a medida que transcurrían las horas y los días, las pasiones se exaltaban bárbaramente en aquel ambiente de alcohol y de tabaco para terminar, en la tercera y última noche, en un escándalo mayúsculo, entre volar de sillas, trompadas, palos, botellazos, vidrios rotos y casi puñaladas. Concluyó la controversia con una disparada general para no caer en las garras de pesquisas y polizontes que acechaban dentro y fuera del local”. Dickmann detallaba a continuación cómo se organizaron los temas que suscitaron la discusión: “El tema o los temas de la controversia eran vastos y universales. No fueron fijados ni establecidos por nadie. Ellos se improvisaban y surgían del mismo debate. La propiedad, la familia y el Estado; el paganismo, el cristianismo, los papas, la Reforma y la Revolución Francesa; la religión y la ciencia, el socialismo y el anarquismo, el pasado, el presente y el futuro, todos estos temas desfilaban en inmenso caleidoscopios de palabras, frases y retórica insustancial”. En un espacio tan heterogéneo, sin casi principio ni final temporal, donde la palabra es difícil de domesticar y donde la violencia irrumpe donde faltan argumentos y programas, es razonable que el tipo físico predominante sea igualmente inclasificable y que de algún modo, los socialistas (según la apreciación de Dickmann tan sólo habrían sido media docena) se sintiesen ajenos a él: “El auditorio estaba compuesto, en su mayoría, de tipos raros y extraordinarios. Su aspecto físico, como la indumentaria y las ideas formaba un conjunto abigarrado y extravagante. Pálidos soñadores de mirada extraviada y dulce sonreír, caras patibularias escapadas de alguna horca siniestra, melnudos, barbudos de ojos oblicuos y mandíbulas peligrosas, tipos indiferentes y escépticos, altos, bajos, flacos y gordos, vestidos de blusa, pañuelo y chambergo, de saco, de jaquet, gorra y hasta de levita y sombrero de copa, bebían cerveza, whisky y ajeno, fumaban en pipa, ora escuchando a los oradores, en silencio, ora aplaudiendo, ora silbando, ora armando infernal

¹⁸ José Ingenieros. “El anarquismo, el socialismo y la intelectualidad obrera”, en diario *La Vanguardia* del 3 de marzo de 1900.

batahola. Predominaban los anarquistas individualistas –especie casi extinguida en la actualidad–; había también anarquistas comunistas, titulados nihilistas; pesquisas (el *manchao* Valle, ex jefe de la sección *orden social* hizo sus primeras armas en esa controversia); ladrones y atorrantes”¹⁹. La extensa cita de Dickmann permite recomponer muchos aspectos de las reuniones de controversia, al menos en su etapa inicial. Ciertos rasgos se encuentran presentes, como se ha visto, en los actos y conferencias socialistas que eran interrumpidos por los anarquistas. Otros, como el lugar, la forma en la que se hilvanaban los temas de discusión, la heterogeneidad del público y la duración parecen pertenecer más a una suerte de caos originario que al desenvolvimiento de las controversias en sí. De hecho, es imposible no hallar en el fragmento ciertas resonancias de la descripción hecha por Marx, en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, del *lumpenproletariado* y su espacio de desenvolvimiento, *la bohème*²⁰. Sin embargo, y con el tiempo, es innegable que las reuniones de controversia irán ganando en orden, mostrando claramente la necesidad que tenían tanto los militantes anarquistas, como los socialistas, de disciplinar las formas que habrían de asumir los encuentros.

Al promediar la década del noventa del siglo XIX unos y otros habrían de descubrir y explotar, dentro del arsenal de propaganda desplegado y junto con la práctica editorial, las ventajas y potencialidades de la conferencia. Las controversias formaron parte del circuito habitual de las conferencias y si bien parece indiscutible que muchas veces se aproximaron al recuerdo de Dickmann, también es cierto que, siguiendo a Juan Suriano, “poco antes de terminar el siglo, y como consecuencia del predominio organizador en el anarquismo, las controversias se modificaron sustancialmente pues ahora las disputas oratorias tenían como objetivo convencer al público asistente. En realidad anarquistas y socialistas transitaban el mismo campo y se disputaban el mismo público. En ese sentido la controversia era una estrategia ideal para confrontar ideas”²¹. Para que ellas resultaran atractivas a un público que aumentaba constantemente, ambos grupos dispusieron que fueran destacados oradores los que se cruzaran en los encuentros. Por el lado de los socialistas fue habitual ver y escuchar, entre otros, a Enrique Dickmann, Adrián Patroni, Nicolás Repetto y José Ingenieros; por los anarquistas solían controvertir Félix Bastera, Pascual Guaglianone, Orsini Bertani, Oreste Ristori, Luis Solitro y Rómulo Ovidi, entre otros importantes militantes. Las controversias también convocaban a importantes figuras extranjeras que por diversas razones se encontraban en el país, como el importante conferencista, abogado y publicista anarquista italiano Pietro Gori y el diputado socialista, también italiano, Dino Rondani. Sobre la importancia que tuvo el primero para la conformación de una corriente organizadora dentro del anarquismo, y a la postre la principal, existen numerosos testimonios a los cuales la historiografía ha prestado la debida atención. Para los anarquistas, las conferencias de Gori fueron de suma importancia en la medida que instaló con cierta dignidad las posiciones teóricas y marcó de alguna manera la senda que habrían de recorrer los oradores anarquistas, tanto en las conferencias, como en las controversias. En palabras del importante historiador, traductor y activista anarquista Diego Abad de Santillán: “La propaganda iniciada por Gori no decayó con su marcha; al contrario, la semilla sembrada comenzó a dar sus frutos, la anarquía era proclamada elocuentemente por hombres muy capaces para la tribuna (...). Las controversias públicas entre anarquistas y socialistas

¹⁹ Enrique Dickmann. *Recuerdos de un militante socialista*. Buenos Aires, Editorial La Vanguardia, 1949, páginas 75 a 80.

²⁰ Para Marx, el *lumpenproletariado* se compone, “junto a *roués* arruinados, con equívocos medios de vida y de equívoca procedencia, junto a vástagos degenerados y aventureros de la burguesía, vagabundos licenciados de tropa, licenciados de presidios, esclavos huidos de las galeras, timadores, saltimbanquis, *lazzaroni*, carteristas y rateros, jugadores *maquereaux*, dueños de burdeles, mozos de cuerda, escritorzuolos, organilleros, traperos, afiladores, caldereros, mendigos, en una palabra, toda esa masa informe, difusa y errante que los franceses llaman *bohème*”. Karl Marx. *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*. Buenos Aires, Editorial Anteo, 1973, página 80.

²¹ Juan Suriano. *Anarquistas. Cultura y política libertarias en Buenos Aires 1890-1910*. Buenos Aires, Editorial Manantial, 2001, página 126.

sobre socialismo anárquico y socialismo legalitario se convirtieron en medios habituales de propaganda. Y hay que decir que casi siempre salieron mal parados los partidarios del parlamentarismo y de la ley. Fue el Teatro Doria de Buenos Aires el que vio los torneos oratorios más notables²². El paso de Gori, que llegó a la Argentina escapando de la represión en Italia, dejó, al menos desde su propia perspectiva, a los anarquistas en una posición ventajosa para estos “torneos oratorios” y los animó desde su llegada a buscar el encuentro: “En los primeros tiempos de estar Gori aquí, los anarquistas buscamos a las cabezas parlantes del Partido Socialista, las retamos a discusión, pero callaron como muertos. Gori en mil asambleas les tiró la lengua, les pinchó, les acosó en todos los sentidos, pintó ante los ojos del proletariado de éste país con los feos colores de la realidad el cuadro antipático y mal oliente del corrompido y aburguesado socialismo democrático europeo, y pulverizó con argumentos mil las teorías marxistas sin que las cabezotas argentinas afectas al Partido Socialista que hoy despampanan como chorlitos se dieran por aludidas y defendieran su fe en buena o mala lid²³. Del mismo modo, la llegada del diputado socialista italiano Dino Rondani en agosto de 1902 fue anunciada por *La Vanguardia* con un entusiasmo simétrico: “Al darle la bienvenida, le deseamos una larga permanencia y que su viaje a la Argentina no sólo sirva para despertar nuevas conciencias, sino de verdadero estudio²⁴. En otro artículo se afirma: “Rondani, como polemista, va a proporcionar dolores de cabeza no sólo a los anarquistas de esta capital sino a cuantos le salgan a la palestra²⁵”.

Pero no sólo la elección de los militantes dará cuenta de la necesidad de articular prácticas conjuntas que posibiliten un nivel más elevado en la discusión y un disciplinamiento mayor en el interior del espacio compartido de las controversias. Otro tema que parecía generar muchos problemas era la utilización del tiempo por parte de los oradores. A diferencia de lo que señala Dickmann el problema de la duración de las exposiciones fue tempranamente percibido por los anarquistas, ya que si las reuniones de controversia habrían de ser una herramienta privilegiada para fundar modos de sociabilidad entre socialistas y anarquistas, no era posible que todas duraran indefinidamente o tres días seguidos, que para el caso era lo mismo. En agosto de 1897, en la columna “Grupos y reuniones” se reseñaba una controversia que se realizó en dos días, en la cual se discutió el tema que “mantiene y mantendrá” separados a anarquistas y socialistas por siempre: *la acción política*. Luego de exponer los argumentos a favor y en contra del tema propuesto, el texto apunta a la descripción de asuntos formales que en la primera de las controversias no fueron notados sino cuando se hicieron presentes. El principal de ellos fue justamente no haber pautado con claridad qué tiempo correspondía a cada orador, con lo cual “hablaban sin tiempo determinado, lo que motivó que el público, que luego principió a simpatizar con las teorías anarquistas, interrumpiera con preguntas y aclaraciones a los oradores socialistas en vista de los apuros en que se veían para defender su teoría”. Por el contrario, en la segunda reunión el tiempo estuvo pautado para que cada orador pudiera disertar sin sufrir las interrupciones. Años más tarde, el mecanismo de la medición se encontrará perfectamente instalado en una de las controversias más importantes que tuvo lugar en el Teatro Doria. En aquella ocasión se estableció con claridad que a cada expositor le corresponderían 45 minutos para argumentar y 30 para contra-argumentar. En teoría, todo el mecanismo de las controversias se intentó que fuera pautado de antemano: el tiempo, los lugares apropiados, los temas, los oradores, los lugares²⁶, los costos de las entradas, la distribución de los gastos que podían suscitar e incluso las reacciones del público.

²² Diego Abad de Santillán. “*La Protesta*. Su historia, sus diversas fases y su significación en el movimiento anarquista de América del Sur”, en *Certamen Internacional de La Protesta. En ocasión del 30 aniversario de su fundación: 1897-13 de junio-1927*. Buenos Aires, Editorial La Protesta, 1927, página 40.

²³ “El socialismo se impone a los pillos”, en *La Protesta Humana* del 22 de febrero de 1902.

²⁴ “Dino Rondani”, en diario *La Vanguardia* del 6 de agosto de 1902.

²⁵ “Las conferencias del Dr. Rondani”, en diario *La Vanguardia* del 20 de septiembre de 1902.

²⁶ Por ejemplo, en noviembre de 1902, los anarquistas fueron invitados a controvertir con los socialistas alemanes del Club Vorwärts, en su local, siendo la invitación rechazada ya que “en ese local no cabemos ni los anarquistas solos, y como en las controversias anarquistas y socialistas no debemos tener la ridícula

Pese al intento de establecer reglas claras de comportamiento, las controversias iluminan toda una serie de tensiones que en algunos casos eran alimentadas por esa misma necesidad de que se desarrollaran de acuerdo con una línea de conducta. Si los encuentros y debates eran una buena oportunidad para que los oradores, en representación de sus corrientes de ideas, mostraran su cualidades como militantes y difusores, también lo eran para exponerse a la desaprobación de otro actor fundamental: el público, el cual, siguiendo a José Ingenieros, estaba compuesto por anarquistas, socialistas y los llamados neutros, en referencia a los trabajadores en general. Los relatos de las jornadas que aparecen constantemente en la prensa están salpicados de descripciones de cómo los asistentes participaban con aplausos, vivas, preguntas e interrupciones de todo tipo en la dinámica de los acontecimientos. En numerosas ocasiones las reacciones del público se debían a ciertas inconductas en las que se entendía que incurrían los controversistas.

En agosto de 1898 se celebró en Barracas una reunión de controversia entre Gori e Ingenieros. Según el cronista libertario, “la sesión fue borrascosa”. Todo comenzó cuando José Ingenieros tomó parte en el debate con la lectura de un texto que estaba lleno de frases capciosas y sarcásticas para referirse a los anarquistas, con lo cual se ganó la animosidad del heterogéneo y abundante público que lo interrumpió suavemente en vez de hacerlo con la hilaridad que se había propuesto Ingenieros con su retórica. Según los anarquistas, Ingenieros defendió malamente el marxismo y pretendió justificar que los verdaderos propagandistas del movimiento obrero en Sudamérica habían sido los socialistas. Luego de ser refutado por varios asistentes, tomó la palabra un libertario, “dejando de vuelta y media muchos argumentos marxistas”. Finalmente, Gori se extendió largamente demostrando las contradicciones existentes entre la concepción del materialismo histórico de Marx y la que sostenían sus seguidores. Enfatizó el autoritarismo reiterado de las prácticas socialistas, recordando la expulsión de los delegados anarquistas del Congreso Obrero Internacional de Londres de 1896. En medio de su alocución, Gori fue interrumpido por Ingenieros “diciendo que fueron expulsados porque eran... dioles un calificativo que valía tanto como decirles borrachos, provocadores y seres corrompidos capaces para escandalizar hasta la propia familia”. Gori indignado, e intentando contener al público enardecido por ese “descoco de mujerzuela”, declaró que “con adversarios semejantes rompía toda atención y rehusaba la discusión en cualquier terreno que fuera, en la tribuna o la prensa”²⁷. La concurrencia aprobó la actitud de Gori, incluso los socialistas.

A veces la pérdida de la línea podía devenir en violencia abierta, algo que siempre estaba de algún modo latente. El 14 de septiembre de 1902 el Teatro Doria se encontraba colmado para presenciar una conferencia socialista devenida en controversia, la cual sería animada con la palabra de Adrián Patroni y Dino Rondani por el socialismo y Félix Basterra y Orsini Bertani por los anarquistas. Según *La Protesta Humana* –que se propone “narrar honradamente, sin apasionamientos, ni dicerios” y de forma exacta los acontecimientos– la controversia terminó con cien socialistas golpeando a Orsini Bertani, quién se habría levantado de su asiento tan sólo para decirle a Basterra algo que se le había escapado. Otro problema que dificultó el despliegue es que Rondani y Basterra, que se suponía que discutían entre sí, lo hacían en idiomas distintos. Por último, otro factor que resultó determinante para el fracaso fue la escasa presencia anarquista, quienes, no avisados en tiempo y forma, ignoraban que se encontraban en una controversia y que, como cándidamente sostiene el cronista, se encontraban allí, en realidad, por curiosidad, o porque en otra ocasión habían encontrado muy interesante la disertación de Rondani, “de modo que la invitación a polemizar fue, para los que acudimos, todo un asalto, una sorpresa”. Toda la crónica, de la cual sólo se encuentra disponible la de los anarquistas –porque, según *La Vanguardia*, el encargado de informar al

pretensión de convencernos unos a otros, sino de convencer a la parte inconsciente o fluctuante del público, entendemos que es necesario buscar un local más grande para que este tenga cabida. No rehuimos la discusión, sino que por el contrario la queremos en condiciones provechosas para el objeto que persigue”. “Controversias”, en diario *La Protesta Humana* del 1° de noviembre de 1902.

²⁷ *La Protesta Humana* del 4 de septiembre de 1898.

periódico no llegó a tiempo para entregar el original— importa porque hace posible observar cuáles son los modos que se consideraban correctos de conducirse por parte de los oradores. Abrió el acto Patroni, quien expuso el objeto de la conferencia: los medios legales para la lucha obrera. El tema estaba abierto a discusión si hubiera quien estuviera dispuesto a hacerlo y sólo suplicaba la mayor tolerancia ya que no tenía sentido que la clase obrera diera espectáculos no edificantes. Luego apareció Rondani recibido por una salva de aplausos tal que hizo evidente el escaso número de anarquistas ahí presentes: “Expuso con buena dicción, buena postura, sin injurias y en sencillo lo que era el socialismo parlamentario, por qué el voto era de gran estima y si no un arma monstruosa para combatir a la burguesía, por lo menos algo que mantenía las conquistas actuales de libertad de prensa, de reunión, pudiéndose, gracias a él, el voto, agregar la consecución de reformas tales como una jornada menor, un mejor salario, un seguro sobre la vida del obrero”. Afirmó también, “que el tiempo de las revoluciones había pasado. ¡Ah! La violencia era una condición de lucha de los tiempos primitivos, patrimonio del hombre del bosque (aplausos)”. En ese momento, un socialista de cuadrada mandíbula interrumpe en un grito “poderoso” con un: ¡Bravo! Hay quienes aprobaron esta actitud, por lo que él repite su bravo, lo que da a lugar a que alguien le grite que se calle: “El socialista busca con la mirada furiosa, y la mano puesta en su cuchillo en la cintura, al supuesto anarquista que le pidió silencio”. El incidente no tuvo mayores consecuencias y Rondani continuó su argumentación: hay que evitar que, por ejemplo el campesino hoy vote al candidato conservador o frailer, para que vote a los socialistas. Interrupción por aplausos. Que él mismo dejaría de ser parlamentario si supiese que sus enemigos también dejarían la cámara —más aplausos— pero que ellos continuarían allí, conspirando contra el pueblo. Rondani se fue saludado estruendosamente. Luego Basterra dejó su asiento de la platea para subir al escenario, sin que a los presentes, según el cronista, se les ocurriera que algo malo podía pasar. Pese a ser un anarquista el que narra los hechos, se destaca, en cierto modo la torpeza con la que Basterra se desenvuelve: “Comienza a hablar nuestro amigo, haciendo abstracción casi completa de lo que expuso el Diputado Rondani, cosa que no nos encargaremos de reprochárselo, ya que allí, en vez de su disertación de orden superior, lo que convenía era batir al enemigo en sus propias trincheras y con iguales armas a las que usaba, sencillas, llenas de *sprit* y hasta del género chistoso, a todo lo cual se prestaba el famosísimo derecho a votar”. Terminada su intervención y antes de que Rondani respondiera se escucharon algunos destemplados ¡abajo el voto!, que partían del paraíso del teatro. A continuación, y en un diálogo imposible, Rondani, que se propuso refutarlo, no respondió a nada de lo que dijo Basterra yéndose “por los cerros de Úbeda”. Basterra respondió a su vez con argumentos a favor del accionar anarquista en relación a la lucha económica, y “termina en medio de una frialdad antártica; su palabra seria, desapasionada, nada retórica y sin golpes emocionantes ni teatrales, ya que él al concluir, se despide con un ‘no tengo más nada que decir’ sencillísimo, es acogida mal por los que esperan un arranque final con líneas trágico cómicas”. Cuando Rondani se disponía a la refutación, el anarquista Orsini vio algo que decir sobre la política italiana y sobre cuestiones acerca de las cuales no había respondido a Basterra, adelantándose por la línea central que separaba en dos la platea del teatro. A partir ahí el relato abunda en los rasgos dramáticos que la intervención de Basterra no tuvo: “verle [a Orsini] los socialistas y ponerse en pie todos fue todo uno. En seguida más de doscientos legalitarios se arrojan sobre él; uno le tira mano a la barba y Orsini brega con todos. Un grupo de cuatro amigos va a salvarle y Orsini sale ileso”. Puñaladas, sillazos, gritos de auxilio y mujeres gritando completan el cuadro. Los anarquistas desalojaron el local a excepción de Basterra y Montesano que, en el escenario, se encontraron rodeados por más de cien socialistas, como si ellos tuvieran algo que ver con la “zagarata que se armó de sectarios”. Patroni, por su parte, y a voz en cuello, aplopético, acusaba a Basterra: ¡Ustedes son unos sectarios! Nicolás Repetto viendo a dos libertarios que silenciosamente no sabían qué hacer, ni qué decir, y se empeñaba en mandarles presos porque aún estaban en el teatro. A su vez y siempre según el cronista, “en la platea, los socialistas se pegan entre sí. No se conocen, se confunden, están locos de atar totalmente. Los enemigos de la violencia, no saben cómo demostrar su odio al método revolucionario y apelan... a la violencia de esta forma”. Finalmente por pedido de Rondani, él y Basterra se

acercaron al borde del escenario para aplacar los ánimos. Bastera lamentó el incidente esperando que nadie, “ningún dios”, se entere del mismo, mientras que un socialista intentaba tirarlo al suelo desde el piano en el que se encontraba con Rondani, “quién dijo dos o tres palabras inaudibles”. La nota cierra con el anuncio de una próxima controversia con Rondani: “Nos gusta su cultura, su serenidad, nos gusta todo de él. Con el partido llamado socialista que envió el *atentísimo* comunicado a los diarios, tratándonos de sedicentes anarquistas, de bochincheros y otras lindezas galantes y verídicas, nada queremos saber”²⁸. Este, y muchos otros relatos, muestran que con sus peculiaridades, los intentos por regular los conflictos mediante las conferencias de controversia, independientemente de sus desenlaces más o menos inesperados o más o menos violentos, alcanzaron cierto éxito en la medida que brindaron un modo de canalización casi ritual para el choque y la discusión, e incluso para el enfrentamiento abierto. El ciclo de las controversias analizadas se vio interrumpido no por las tensiones que las alimentaban, sino por la promulgación de la Ley de Residencia a fines de 1902.

CONCLUSIÓN

Este trabajo ha intentado mostrar un aspecto específico de los modos de sociabilidad propios del incipiente universo de las izquierdas argentinas entre los últimos años del siglo XIX y los primeros del siglo XX. Dicha sociabilidad, de la que participaron de modo excluyente anarquistas y socialistas, se desarrolló, tanto a partir de un conjunto de prácticas compartidas, como también, y no en menor medida, de divergencias doctrinarias y referidas al plano de la acción que resultaban irreconciliables. Partiendo de un concepto dinámico e integrador de la lucha, el trabajo se planteó no tanto analizar los contenidos de las disputas en sí, como comprender un arco de prácticas que iban desde la mera interrupción, en muchos casos con resultados violentos, hasta los intentos de encauzar el enfrentamiento de manera que el mismo pudiese, mediante ciertas pautas, servir para la confrontación de ideas y proyectos. Dentro de éstas últimas, las conferencias de controversia, cuyos relatos eran continuamente incluidos en la prensa escrita, permiten recuperar un conjunto de conductas y significaciones que resultan fundamentales para recomponer históricamente los modos de interacción entre anarquistas y socialistas. Interrumpidas en su ciclo inicial por la acción represiva del Estado, a través de la Ley de Residencia, las controversias, con todas sus tensiones, permiten reconstruir con mayor espesor el modo en que los socialistas y los anarquistas, a través de la confrontación entre sí, pudieron forjar espacios de pertenencia comunes.

²⁸ *La Protesta Humana*, “Controversia Bastera-Rondani. En el teatro Doria”, 20 de septiembre de 1902.